

cia para Paolo. Parece que la joven no lo había visto sin interés, y la madre de Barozzi no volvió a oír como antes á la hora de dormirse las alegres sonatas que su hijo tocaba en la guitarra. La hermosa Clara, viuda á los veintidos años de edad, y hermana de un senador de los mas ricos, fué la primera que notó este silencio, pues ya no había vuelto á escuchar aquellas canciones que repeta en voz baja, acompañada con su bandolina; en vano sus ojos habían buscado por la tarde en el terrado de la casa vecina al que con su armoniosa voz había turbado su corazón. Muchas noches seguidas, la luna había bañado con su argentada luz ese punto, sin que la sombra del joven se prolongase hasta su solitario aposento; esta ausencia la llenó de aflicción y la hizo derramar algunas lágrimas. Un hombre á quien ella había encargado espíase á Barozzi en sus expediciones nocturnas, nada había podido descubrir, pues Paolo, creyendo que su madre hacia que lo vigilasen, había tomado sus precauciones.

II.

EL BAILE.

Después de algunos meses llegó el carnaval, época tan famosa y divertida en Venecia: venían en abundancia extranjeros de todos los países, y se hallaban reunidos el grave alemán, el taciturno inglés, el orgulloso español, el vengativo napolitano, y el aturdido francés, que estaba en medio de ellos sirviendo como lazo que unía á tantos pueblos de diferentes gustos é idiomas. En este tiempo de alegría parece que el veneciano pierde su desconfianza acostumbrada; los maridos son menos colosos, las mugeres mas libres y menos reservadas; hasta los magistrados abandonan durante las fiestas su tiránica vigilancia; pues los bailes y demás puntos de reunión se convierten en mercados de ceniza en asilos tan seguros como los templos. Los únicos que vigilan son los inquisidores de Estado.

Los bailes de máscara son una de las diversiones que mas gusta en estos tiempos de verdadera locura. Una de estas noches se vistió Paolo con un traje turco, se puso un turbante de abuchados, unos pantalones muy anchos y una chaquetilla bordada; ciñó su cintura con una banda donde colocó un puñal acerado; se embobó en una ancha capa listada de azul y blanco, y se encaminó al teatro.

Clara estaba advertida de todos estos preparativos.—

Luego que Paolo entró á la sala, le rodearon muchos máscaras, atraídos por la riqueza de su vestido. El arlequin de Bérغامo, jugando con su fieltro y su raqueta lo cumplimentaba haciendo piruetas. El Polichinela napolitano, le manifestó lo satisfactoria que le era su venida, y abriendo sus brazos quería abrazarlo á pesar de su voluminoso vientre. El pantalón de Venecia, le preguntó con gravedad si sabía hacer uso de su puñal que brillaba con tanta poderfía, mientras que el Pierrot-frances se mofaba de la pequenez de su chaqueta y de la inmensidad de sus pantalones. Paolo que había venido al baile con motivo de una cita, contestó á todos no muy políticamente, y se marchó sin hacerles caso. Atravesaba ansioso por entre la multitud para llegar al punto designado, cuando se sintió asido por la mano de un negro esclavo que tenía en el cuello un ancho collar de oro, y le dijo inclinándose.—“Su alteza ordena que salgas al punto para el lugar designado, pues ya “la hora se acerca.”—“Así lo haré,” contestó Paolo maquinalmente, pues estaba pensando en la que lo aguardaba.—Llega al fin, y en lugar de un dominó rosa, vé dos, uno de este color y otro blanco. El dominó rosa, al punto que lo distinguió, se levantó y tomó su brazo; se iban alejando cuando el dominó blanco asiéndole el otro le dijo. “He de quedar solo en la cita?”—“Te engañas, máscara” contestó Paolo admirado. “Engañarme yo, ¡pérfido! si no me habías “de reconocer para que me has hecho venir?” El dominó rosa al oír estas palabras iba á soltar el brazo de Paolo, pero este lo detuvo con fuerza, y encarándose al dominó incógnito le dijo con enfado. “¡Mientes!”—“Yo mentir, respondió el obstinado dominó blanco,” que nos sirva de juez este dominó rosa; “dime si te despojo de esa capa azul y blanca, de ese traje “turco que no estás acostumbrado á manejar, “de esa máscara cuyos largos bigotes tienen “muy poca semejanza con tu cara lampiña “como la palma de la mano, no aparecerá el “hijo de Matilde?” “Mi madre! exclamó Paolo.—“No puedes ocultarlo, dominó rosa, ten “cuidado, no te engañe como á mí, y tú Paolo, “sabe que cuando una muger ama verdadera- “mente no tiene temor de confesar quien es su amante. ¡Adios!”

Paolo tuvo mucha dificultad en convencer á la que amaba de que no existía entre él y el dominó relacion alguna, y para disipar el efecto de las amenazantes palabras que la máscara le había dirijido. Pero al fin lo consiguió, pues era amado, y rara vez acompañan los celos al primer amor: pero las últimas palabras de la

incógnita resonaban aun en sus oídos.—“En “fin, encanto mio, prorumpió, ¿qué debo pen- “sar?” “Desdeñaras el amor mas tierno y te “averiguózaras de tener un amante demasiado “joven aun para encontrar la ocasion de mos- “trarse digno de tu eleccion?”—“Paolo” res- pondió la joven, tu sospecha me destroza el co- “razon y tu desconfianza me sorprende, ¿acaso “puedes echarme algo en cara cuando arros- “trando todos los peligros, he abandonado es- “ta noche el palacio de mi padre para darte “una prueba del amor de que dudabas?”—“En- “cantadora Rosa, —perdoname, pero tanta be- “lleza tiene mucho atractivo y debo temer in- “merables rivales.”—“Y aun cuando el núme- “ro fuese mayor que los máscaras aturdidos “que ocupan esta sala, dijo Rosa con una voz “severa. ¿Cuál es tu temor, amigo mio?”—“Oh Rosa! no te irrites, pero tu amor es tan pre- cioso.....

“Por la noche al pié de ese elevado balcon, “cuando el bramido de las olas y el impetuoso “soplo del viento impiden llegar á mis oídos tu “dulces palabras, ¿por qué, dime, por qué me “obligas á callar un amor que me enorgulle- “ce? Oh Rosa, si no te avergüenzas de tu “amante, ¿por qué no cumples la promesa, esa “promesa tan cara y que te he recordado tan “frecuentemente? ¿Por qué no consientes en “ser mia por medio de un vínculo sagrado?” Rosa le interrumpió.—“Insensato, no me co- “noces, ignoras quien soy y qué clase de hom- “bre es mi padre, y así quieres enlazarte con “migo! no te basta mi amor... pues bien, tus “deseos serán satisfechos. Nos uniremos por “medio de una cadena mas pesada que la del “amor: solamente exijo de tí una promesa; “vas á saber mi nombre, el de mi padre que es “tan temido, y mañana al amanecer estarán “encendidos los cirios de la capilla, y el cape- “llan ante el sagrado altar nos dará las manos “pronunciando las santas palabras de esta ce- “remonia; pero exijo que bajo juramento me “prometas...—Cuan to quieras, bien mio.— “Que nunca reveles nuestro matrimonio.— “Lo juro por la Virgen y el santo de mi nom- “bre,” exclamó Paolo trasportado. En este momento se acercaron á ellos muchas perso- nas de las que se habían alejado durante su conversacion, y que seguian tenazmente á una gitana que por el tono decidido de sus palabras y su voz sonora excitaba la risa general. Cada máscara recibía de ella una predicción muy severa, ó un sangriento epigrama. “Que- rido hablar con este enviado del Gran Señor,” exclamó en alta voz, y acercándose á los dos

amantes, tomó las manos de Paolo y permane- ció un rato en silencio fijando sus negros ojos en los del joven, que se quedó asombrado de sus ardientes miradas, y haciendo como que consultaba las rayas misteriosas de sus manos, exclamó: “desventurado joven, vas á cometer una necedad,” y sin dar lugar á que Paolo la replicase, tomó el brazo de un senador, de aspecto grave, á quien conoció á pesar de su dis- tiraz, y le anunció en alta voz que aunque ha- bía dejado á su muger sola en su casa, la en- contraría en el baile perfectamente acompa- ñada.

Paolo y Rosa se quedaron mudos y pensati- vos, pues la gitana había pronunciado estas pa- labras en un todo singular. Sin embargo, el tiempo avanzaba, las cenizas acababan de dar y Paolo recordó á Rosa la promesa que acababa de hacerle. La joven se dejó conducir fuera de la sala.

La noche estaba oscura, ni una estrella brila- ba en el vasto firmamento, cargado de ne- gros nubarrones. Venecia, que por la mañana estaba tan brillante, cuando al salir el sol azulaba con sus rayos al Adriático, y dora las cúpulas de los grandiosos monumentos; Venecia que para dar un testimonio del poder de los hombres contra el impetu de las olas, se levanta magestuosa en medio de ellas, estaba envuelta en las tinieblas, y apenas se dejaba ver confusamente. Una niebla muy densa cubría las calles, los canales y las casas, y si en medio de la oscuridad se divisaba la fachada de algun gran edificio alumbrada por la luz de las bujías del baile, de lejos y en medio de este mar agitado por los vientos, parecia un gran precipicio, destrozado por las olas y alumbrado por la caritativa mano de algun habitante de la costa. Rosa iba diciendo á Paolo su nombre, hablándole de su fortuna, de la severidad de su padre y de la perfidia de su madrastra. Lo horroroso de la noche aumentó considera- blemente la angustia y sobresalto de su cora- zon por el paso tan atrevido que había dado. Algunas veces interrumpia su relacion y ocha- ba miradas inquietas á su rededor. Paolo caminaba con precaucion teniendo la mano sobre su puñal, y lleno de gozo había levantado su capa para preservar de la humedad de la niebla á un objeto tan caro, y se extasiaba al sentir los latidos del corazón de Rosa junto á suyo. Ya estaban lejos del baile, y la oscuri- dad que iba en aumento les impedía ver por donde andaban. Unas veces el ruido que ha- cían los pabellones sacudidos por el viento, y otras el de los remos de alguna góndola que

pasaba por el canal vecino, rozando apenas la superficie de las aguas, era lo único que turbaba tan profundo silencio.

La débil luz colocada en la popa y su marcha silenciosa traían a la mente el recuerdo de la barca fatal del infierno pagano. Paolo buscó en vano un puente por donde pasar al otro lado, á donde Rosa quería conducirlo; pero la isla en que estaban, no tenía absolutamente comunicación con el resto de la ciudad, mas que por un puente situado frente al salon del baile. Cuando se acordaron de esto, iban á retroceder; pero oyeron á poca distancia los pasos de un hombre. Se pararon para que pasase, y el incógnito hizo tambien alto, volvieron á andar, y él hizo lo mismo, se detuvieron de nuevo, y tambien se detuvo. Entonces creyeron que los seguían, y Rosa temiendo ser conocida, se puso demudada y convulsa. Paolo iba ya á hacer uso de su puñal para quedar libre de este importuno vigilante, cuando vio una góndola parada, doró de entró con Rosa. Su traje llamó la atención del gondolero, quien quitándose respetuosamente la gorra de lana, los recibió en su barca, y en breve se alejaron de la orilla. Al cabo de algunos minutos se detuvieron delante de una plaza; el gondolero bajó una tabla, y sin despegar los lábios ofreció su mano á Paolo para que saliese. Luego que desembarcaron, echó este una bolsa con dinero en la góndola, la que continuó navegando.

Asombrados los dos amantes de una partida tan rápida, procuraron reconocer el lugar en que se hallaban. Al estremo de la plaza estaba un palacio iluminado por algunas luces. En este instante el hombre que los había seguido en la isla, se encontraba á su lado. Rosa condujo á Paolo y ambos entraron en el patio del palacio, que reconoció el joven veneciano por la habitación del embajador de España, pero olvidó las severas leyes de su patria, y guiado por su futura esposa, desapareció con ella por una oscura galería.

III.

EL CONSEJO DE LOS DIEZ.

Paolo había dejado su disfraz, y á la mañana siguiente saltó con ayuda de una escala de cuerda por la pared de uno de los jardines del palacio. Al separarse de su amante, su despedida fué tan tierna como si fuese la última, con el corazón lleno de gozo entró en su casa. Su vuelta había comenzado á calmar la angustia de su pobre madre, cuando un tropel de solda-

dos se introdujo hasta su habitación, y en nombre del consejo de los diez prendieron á Paolo. Matilde, al oír este terrible nombre, cayó sin sentido, y Paolo atónito se dejó conducir.

Una silla de posta cubierta con un velo negro estaba á la puerta, lo hicieron entrar en ella y marcharon. A poco andar hizo alto y se abrió una puerta por la que entró Paolo inclinando la cabeza, conducido por dos esbirros; atravesaron varios salones muy vastos y poco alumbrados, por donde se paseaban como sombras algunas guardias vestidas de negro, este era el uniforme de los Inquisidores de Estado.

Entraron á un salon donde vió Paolo reunido al rededor de una mesa al severo tribunal: se sentó en un banco frente de los jueces, y los dos esbirros que lo habían conducido permanecieron en pie á su lado, apoyados sobre sus picas.—„Paolo Barozzi,“ dijo una voz, „habéis pasado la noche última en el baile de máscaras.“—„Sí, contestó el joven, „acaso es un crimen, y por esto se prende á un senador, al nieto de un antiguo tribuno, por haber concurrido á una fiesta que forma en Venecia de venecianos y estrangeros solo un pueblo?

Sin responder á esta pregunta, prosiguió la misma voz.—„¿No teniais un vestido musulmán? ¿No se ballaba en el salon un esclavo, que os habló? ¿No habéis salido acompañado de una persona? ¿No os esperaba una góndola en el canal? ¿No habéis desembarcado en la plaza de Santa Maria?—Es cierto, ¿por ventura es un crimen?—¿No habéis entrado al palacio del embajador español? ¿Dónde os quedásteis hasta esta noche?—Es verdad, ¿hay en eso algun crimen?—Paolo Barozzi, el hijo de un antiguo tribuno ¿ignora las leyes de Venecia?—No me quede en casa del embajador.—„Pues dónde estabais“ Esta palabra le recordó el juramento que había hecho y calló.—„¿Dónde estabais, pues?“ repitió el interrogante. „El consejo supremo de los diez, Inquisidores de Estado, ordena que digáis la verdad. Y no ignorais el castigo que debéis aguardar por vuestro crimen. El artículo 102 de la ley dice: *que será condenado á muerte el noble veneciano que hubiese comunicado con un embajador extranjero sin declarar al tribunal el motivo de su visita.* Hablad, ¿dónde estabais?—No puedo decirlo.—Reflexionad, la ley es irrevocable.—Paolo calló y fijó los ojos en un anillo que no tenía en el dedo la víspera en la noche. El interrogante repitió su pregunta.—No estuve en casa del embajador, lo juro por la madre de Dios.—El tribunal no exige de vos un juramento, replicó el

inquisidor, sino que digáis el lugar donde estabais.—El silencio reino de nuevo, el Inquisidor hizo por tercera vez la misma pregunta, á que Paolo no contestó. Uno de los jueces se compadeció de su juventud y le dijo: Paolo, nuestra sentencia aun no está pronunciada, decidnos donde estabais.—Paolo permaneció en silencio.—Entonces se levantó el gefe de los Inquisidores y los jueces se pusieron á hablar en voz baja. A una señal sacaron del salon al acusado.... Jamas se supo donde había pasado Paolo el resto de la noche del baile, ni qué esposa había recibido en sus brazos. No se supo tampoco su paradero. Se dice que algunos dias despues del Carnaval, la hija única

del dux, pasándose en el jardin de uno de los palacios de su padre que daba á la orilla del mar, despues de una fuerte tempestad que había levantado las olas del Adriático, divisó sobre la arena un saco de cuero, lo hizo abrir y contenía un cadáver degollado. Este cadáver estaba enteramente desnudo, pero en un dedo tenía un anillo que le fué entregado. Se dice que desde este dia se vistió de luto y murió antes que acabase el año. La madre de Paolo Barozzi cesó de vivir el mismo dia que arrancaron de su lado á su querido hijo.

TRAD. POR L. M.

CARNAVAL.

Á MI AMIGO EL TENIENTE DE ARTILLERIA, MIGUEL BADILLO,

¡Mus, bellas, acerosos; venid, encantadoras, incomprensibles formas, á iluminarme á mi; dejad á vuestras mudas parejas danzadoras, la dicha y los amores os cantaré yo aquí.

Yo soy vuestro poeta; yo canto de las bellas las celestiales gracias, y el virginal amor; y al lado de vosotras, rodeado de botellas yo bebo entusiasmado mi inspiracion mejor.

Aumenten vuestras danzas el brillo de mi orgía; ¡oh revollotas driadas, antorchas de mi fe: las damas mas hermosas de toda la Georgia envidian vuestros talles y vuestro breve pié.

Al mágico reclamo, venid de las botellas; no hay penas, ni amargas al frente de un li-
(cor....
venios á arrullarme con el estruendo de ellas, fantásticas mugeres, hipópticas de amor.

Si á alguno le fastidia de vuestro gozo en medio el ruido que produce vuestro gentil tropel, dejadle que se muera de consuncion y tedio.... yo vivo entre vosotras con el estruendo del.

Venid, venid, oh bellas! mirad como preñados los vasos acrecientan su igual fermentacion; á su imperioso influjo los males, olvidados, no acosan y atormentan mi inmenso corazon.

¡Venid, yo os idolatro! por Dios que sois hermosas. si pinta con colores de rosa vuestra tez, el muelle movimiento de danzas voluptuosas que enciende los vapores del vívido Jerez.

Dejad á los que piensen gravar sobre la historia un punto que recuerde su ingrata ocupacion... ¡imbéciles! sedientos de un nombre y de una gloria
las páginas registran de un rancio cronicón!

Así su edad de flores inadvertido pierde las raíces hollando de su fugaz vergel; en la vejez, acaso de su vergel se acuerde, y entonces... ¡será tarde!... se encontrará sin él!

A fuerza de trabajos, tal vez alcance un hombre sobre un coloso enorme su fama cimentar; todo esto ¿qué le importa si al acabo su nombre no puede, ni su fama, gozarse en contemplar?

Por una gloria.... inutil, que su razon perturba
sin conocer el mundo v^a á conocer su fin,
y escrupuloso evita la bulliciosa turba
que t^ubrica se embriaga de amor en un festin....

Bebamos ¡ay! y amemos, mientras se muestre
(el mundo)
á nuestra escasa vista bajo el florido abril....
¿Qué falta á nuestra dicha?... la mia solo fundo
en los livianos goces de mi ilusion febril.

El ruido de tus órgias.... tus célicas mugeres,
serán de hoy mas, oh mundo, mi porvenir....
(mi ser....
mis horas de existencia... de lánguidos placeres
las en que pueda mi alma del manantial beber.

¡Mugeres! de los moros envidio la inconstancia
para poder amaros, como quisiera yo;
á todas os amara, y enfónces de mi infancia
los tiempos ya perdidos, no me inquietaran, no.

Tambien la pompa envidio de la pasada Italia,
y sus festivas danzas, y su florido Edem;
y al perezoso turco, la atmósfera de algalia
que la estension ocupa de su templado harem....

¡Venecia! no te pido ni góndolas, ni barcos,
ni tus bronceadas bocas, ni tu mansion Edem;
pero poseer quisiera tu plaza de San Marcos
para gozar en ella tu eterno Carnaval.

Tu pompa es la que envidio; tus largos corre-
(dores.
Tu ruido, y tus festines, tus franjas de tisú;

tambien para mis órgias te envidio tus licores....
La Lacrima, y el Chigre con que te embriagas
tú....

Que verme en los festines rodeado de mugeres
será en lo sucesivo mi porvenir.... mi ser....
mis horas de existencia.... de lánguidos placeres
serán las en que pueda del manantial beber.

Las bellas que me cercan serán mis esperanzas
hasta que el cano tiempo destruya mi jardín....
¡Venid en torno mio! vuestras ligeras danzas
aumenten la algazara del háquico festin!

Venid, que con vosotras, envidio solamente
á Italia sus festines, que sus mugeres, no;
si envidio la inconstancia de la Odalisca gente
es solo para amaros como quisiera yo.

.....
Fugaces ilusiones el Carnaval risueño
con sus alegres danzas, encantador nos trae....
¡Feliz el que al impulso de un apacible sueño,
rendido y sin recuerdos sobre su lecho cae!

Pero ¡ay! desventurado del que en el alma lleva
clavado un fiero dardo que empozoñado está,
y lleno el pensamiento de una esperanza nueva
que ni camino cierto, ni término tendrá....

Oid, oid, oh bellas, á vuestro amante bardo;
venid en bullicioso, tropel encantador;
si entusiasmado canto vuestro festin gallardo
no pido mas en pago que vuestro eterno amor.

A. VIVERO.



MODAS. (4)

DISFRACES PARA MÁSCARAS.

Ha llegado el Carnaval, queridas mías, saben vds. cuanto encierra esta palabra mágica, *Carnaval!*.... Con cuánto placer, despues de algun intervalo de silencio, tomo la pluma para escribir á vds., y luego en un tiempo como el presente, tiempo de alegría tumultuosa, entusiasta; porque ¡qué corazon de jóven no palpita, qué piés no hormiguean á los solos nombres de Carnaval y máscaras? Vamos, es preciso que el Liceo participe de la locura de la época, y que hoy hable con vds. solo de disfraces y caretas, de bailes y de música.

El magnífico salon del nuevo Teatro está ya pronto, y todo anuncia que tendremos las mas brillantes fiestas de este género que se hayan visto en México. Saetres, modistas, peluqueros, todos se empeñan á porfia en presentar vestidos, adornos, peinados de todo género, que hacen creer que el lujo y buen gusto que reinará en los bailes en este año, no habrá tenido ejemplo en los anteriores.

Es preciso gozar, lindas y anables suscritoras, y gozar de prisa, que la descarnada cuaresma nos amenaza; y aunque se le hagan algunas drogas, no saben esas tanto como los tres dias consagrados, por decirlo así, á la locura y al delirio. No faltará quien me tache de inquieto y alborotador y diga que propalo doctrinas alarmantes, todo porque soy amigo de la bulla y algazara; pero será sin duda algun vejete de rancias ideas ó alguna devota que no sepa lo que trae entre manos. Los compadecidos, eso ménos gozan. Mas en cambio tengo probablemente á mi favor la mayor parte de una juventud fresca y lozana, y bailaremos mal que les pese, que bastantes ayunos y vigillas y sermones tenemos despues.

Habiendo manifestado tales ideas, y siendo partidario del movimiento verdadero, ¿cómo no habia de pensar en presentar á vds. un figurin análogo? La dificultad consistia en la eleccion; porque figúrense vds., si mi colaboradora, si Mme. Gourgues (1), que tantas pruebas nos dá á cada momento de buen gusto, andaria poco pródiga conmigo en esto de disfraces. Una multitud innumerable tuve á la vista, todos graciosos, ligeros como las cabezas que los in-

ventaron. Ya separaba este, ya aquel, ya los abandonaba por otros nuevos, y como era preciso decidirse y el tiempo urgía, y solo debia elegirse uno, resolví sujetar la decision del punto á una hechicera personita que juzgó en efecto acreditando su raro tino.

Obedecí la sentencia y presento á vds. dos graciosísimos disfraces—Una Cracoviana y una Maga. Adopten alguno de ellos ó los dos, y si alguna vez en el baile me encontrare con una jóven vestida como el figurin, tendré un singular placer, lo aseguro, porque pensaré que es alguna suscritora.

Señillos son ambos tragos.—El de Cracoviana, que es un poco guerrero, me ha hecho reir algun tanto, porque se me figura que pudiera muy bien tomarse por parodia de algunos militares que conozco. ¿Y saben vds. que un cuerpo de semejantes soldaditos sería muy curioso, y no faltaría quien pretendiera sentar plaza? Yo por mí sé decir, que aunque soy enemigo acérrimo de la milicia, como no hay regla sin excepcion, estoy por esta, y es la razon porque escribo artículos de Modas, y digo píropos, y qué se yo que mas.

Me he estraviado de mi fin principal en digresiones, y aunque, como dije alguno, dan buenos ratos, es preciso sin embargo economizarlas y marchar derecho al grano, si grano hay en un artículo de modas, y especialmente de Carnaval.

Una chaqueta de merino blanco guarnecida con alamares y galon de oro, y ancha y airosa enagua de raso azul constituyen la parte principal del traje. La falda debe ser corta como representa la estampa, y con tres guarniciones igualmente de oro, completando el arreo unos delicados borceguies de terciopelo encarnado con pulidas espuelas doradas y una ligera cachucha de terciopelo negro en forma de *scha-co* guarnecida tambien con oro y con una pluma blanca. Guantes color de canario sientan á este disfraz perfectamente, y por lo que respecta á peinado, debe llevarse el pelo en tren-

[1] Por la oportunidad del dia anticipamos el artículo de modas que correspondia al número 9, y como ven nuestros suscritores, presentamos el figurin iluminado apenas de los grandes gustos que han tenido que hacerse, como un testimonio de gratitud á las personas que nos han favorecido con sus suscripciones.

[1] Correo de modas, calle 2.ª de Plateros núm. 2.

zas adornadas estas en su estreñidad con un lazo.

Si el trage cuya descripción acabo de hacer es gracioso, no es comparable en mi concepto, al otro que le acompaña. La idea de una maga con su vara adivinatoria en la mano, bordada su ancha ropa de signos cabalísticos, me arrebató de tal manera, que pienso por un momento trasladarme á otros tiempos y á otros países, quiero tenderle la mano para que consulte sus misteriosas líneas, y espero por instantes escuchar de su boca profética mi horóscopo... insensato! me olvidó de que tratamos de un disfraz, que existimos en el siglo XIX en México, y que por consiguiente, lo que es magas, á lo ménos que digan la buena ventura, pocas hay; pero que consigan hacerle perder á uno el seso y hechizarlo verdaderamente, sí no con conjuros y círculos mágicos, á lo ménos con gracias y zalamerías, y con miradas que desecan el corazón y lo consumen, esas abundan; y ¡qué necesidad tienen estas de la magia para adivinar, cuando sin ella conocen á las mil maravillas el interior del hombre, y pueden sorprender uno por uno sus pensamientos cuando le tienen delante? Probablemente no piensa en otra cosa sino en agrandar á la maga, con quien de parte y la mitad del mundo daría por oír su horóscopo que sin mucho trabajo podría decirsele....

YV. conocerán mejor que yo, lectoras mías, la justicia de mis reflexiones, algun vez quizá habrán tenido en las manos, como las hechiceras de otros tiempos la suerte de algun hijo de Adán, media palabra le hubiera pronosticado su felicidad futura y las mas veces no habrá sido pronunciada, porque perdonándome YV. tengo para mí que en proporción de la belleza, les acompaña la bellaquería.

Mucho me temo haber disgustado á YV. con tanta reflexion y tanta gravedad inoportuna, hoy especialmente, día en que debiera aparecer mas ligero y festivo. Perdon, queridas, perdón por haber dicho la verdad, cosa por cierto nada comun en los que de cualquiera manera escriben á YV.—Voy á concluir con algunos puntos importantes.

El trage de la maga en cuestión se compone de un corpiño ajustado de terciopelo escarlata, adornado por el frente con un centro de terciopelo negro bordado de oro, en forma triangular con unas pequeñas tiras sobrepuestas del mismo terciopelo negro menos bordado, y que tienen en la orilla una blondita negra, rodeando la cintura un círculo de picos de terciopelo del mismo color del corpiño; y de una ancha enagua de terciopelo igualmente escarlata con guarnición de blondita negra y algunas tiras de

terciopelo negro que penden de la cintura, bordadas con oro en ellas caprichosas figuras y circuidas de blondita como la del corpiño.

Son peculiares de este vestido las mangas abiertas á la Norma, de terciopelo negro, forradas en raso blanco y adornadas con blondita negra en la orilla, con algunos bordados y luegas borlas de oro en sus estreñidades. Cuadrán perfectamente los botines de terciopelo del color dominante del traje, y si á esto se agrega el pequeño y gracioso turbante que se vé en la eslampa, y la fatídica diadema que circunda la frente y que se acompaña tan bien con los rizos en que está dispuesto el cabello, se habrá obtenido un conjunto verdaderamente mágico y encantador. No debe omitir por ningún motivo la persona que elija este traje, llevar una lijera varilla de ébano que tanto contribuye á la magestad del personaje, y de que una muchacha un poco hábil puede sacar tanto partido.

Demasiado nos han entretenido las máscaras, y concluiría sin duda, si no fuera por que no quiero dejarme en el lítero una noticia que puede ser á vds. muy útil y satisfactoria, la de que á la tienda de Madama Virginia Gourgues acaban de llegar las mas esquisitas flores para la cabeza, la mano y el pecho en tanta variedad de formas, y tan graciosas algunas, que no dudó agrandar á vds. infinito, y elegirán entre ellas si las vieran. Tambien posee una multitud inmensa de magníficas plumas, de las que muchas esperamos ver ondear graciosamente en la cabeza de nuestras elegantes á los armoniosos acentos del waltz.

Concluyo al fin deseando á vds. se diviertan mucho, recomendándoles se cuiden al salir del baile, no vayan á cojer un constipado, y pidiéndoles consagren una memoria cuando recorran la sala como exaltacion en brazos del descuidado compañero, á su buen artista.

QUERLIN.

Tenemos la mayor satisfacción en ofrecer hoy á nuestros suscritores, el siguiente Waltz, composición de la Señorita Doña Jesus Cepeda y Cosío, en el número inmediato publicaremos un artículo en prosa que tuvo la bondad de remplirnos otra paisana nuestra, y nos contemplaremos dichosos, si nuestro periódico llegare á ser el órgano que transmita á la posteridad las inspiraciones de las hermosas hijas de nuestro suelo.

Nada decimos á los jóvenes amantes de las letras y de las bellas artes en general, pues ya saben que ciframos nuestra mayor complacencia en publicar sus brillantes composiciones.

¡¡COSAS DE MI CASERO!!!

No sé si le ha sucedido al lector cuando ha caminado, cojerle la noche en una mala rancharía, en donde no se hallan sino dos ó tres rancheros adustos y de mala catadura, que en todo piensan menos en procurar algun descanso al fatigado caminante; mas suponiendo que tal le haya acontecido, puedo suponer tambien que él tuvo que condimentar su cena y preparar su desayuno, y servirse por sí mismo en cosas para él enteramente desconocidas; y ciertamente no se le habrá olvidado lo muy desagradable de sus guizos y el convencimiento que adquirió de que su vocacion no era vocacion de cocinero. Esto mismo, exceptuando lo de los rancheros y el conocimiento final, acontece á menudados escritores que se meten al oficio sin tener vocacion para ello, pero que marchan inapávidos por entre una turba que los silva y.... Notará el lector que mas propio está lo escrito para freirse en un sartén, que para introduccion de un artículo, pero yo que soy hombre de buen humor, y muy capaz de declarar, imitando á algunos inbéciles, á los que no me entienden ó no me aplaudan, me río y prosigo con mi cuento.

Así habia yo comenzado á escribir no sé que noche y habia llenado dos ó tres pliegos de papel, porque para moralizar y disparatar á secas y con chocarrería, maldita la gracia que se ha menester, y menos cuando el escritor es sin conciencia; mas de pronto vino en deseo ser un Figaro ó cosa semejante, y para conseguirlo me propuse escribir un artículo de costumbres, que es como si dijéramos, cortar una pluma, mojarla en el lítero, apoyarse en una mesa, tomar una lira de papel y comenzar á tocer, porque eso de tocer es un conjuero, conque se llama á la inspiracion que no siempre cede á tal orden y que requiere tal vez el aroma de un cigarillo, ó el baho de una taza de café, ó el movimiento oscilatorio del autor sobre su silla ó la triste exclamacion, ¡bah! ó el dibujo de tres ó cuatro figuras estrañas y de capricho, ó la cuenta exacta de las vigas que sostienen el techo en materia de vigas debe saber el curioso lector, que los mas de los autores tie-

nen sus cuartos con sus vigas nudas y lirondas sin cielos ni artesonados, por mas que algunos quieran engañarle con descripción de cosas que no son ciertas sino en la mente del escritor) Perdone el lector el parentesis que ya vuelvo á las inspiraciones. Decía yo... no sé que decía; pero si sé de ciencia cierta que el que quiere escribir ocurre á todo esos medios dichos, ó sean llamamientos, y que si no surten el deseado efecto tiene que emplear el conjuero mas poderoso, conjuero eficaz é irresistible, lo que ejecuta echando mano de lo que echa mano, es decir de su sombrero y de su capote, si lo gasta, y se sale corriendo por las calles olfateado como un galgo y mirando á todos lados, con lo que parece loco, y ved ahí como el conjuero evocó la sombra, es decir, como el llamamiento hizo venir á la inspiracion, que los silva y... un inspirado son lo mismo, ó de otro modo y como se explicaria un hombre del siglo, es á saber un hombre positivo y calculista. El hombre, mas la inspiracion, igual al hombre menos el juicio; lo que puesto en forma, con sus respectivos signos matemáticos y suponiendo que el hombre es E, y el juicio Z, y la inspiracion G, parecerá una ecuacion. Así corriendo é inspirado vé el autor, cualquiera cosa, y la esprime y la estruja y le muda ropage y no cesa de trabajar hasta que no concibe una idea, y entonces la confecciona y la escribe, porque suponiendo que el autor es el autor no puede hacer otra cosa si no escribir despues de concebir y ya que está confeccionado el artículo lo alíña y lo adereza y lo aicala y lo llena de sal y de chiste; despues lo bsutiza con un nombre alto y sonoro, como *Esquila ó Esquilón* y lo firma en una gerga que parezca aleman, polaco ó disparate y luego... luego lo envía á la imprenta y cate V. ahí un artículo de costumbres muy curioso y muy chusco.

Todo esto y mas... Pero antes de pasar adelante debo deshacer una equivocacion, porque á fuer de moral escritor y para bien y provecho del prójimo tengo mis ribetes de escrupuloso, y no quisiera que el crédulo lector se quedara con un error á cuestras, que de mí se decir

vaga melancolía que me hizo derramar una lágrima; fui á sentarme en un banco de césped que estaba distante, y mientras que todos se entregaban á una loca alegría, yo me complacía en llorar. Los sonidos armoniosos de la música, la embalsamada atmósfera que se respiraba en aquel sitio, la luz amarillenta de la luna... todo era hermoso, y al mismo tiempo todo iba mezclado de languidez y dulce melancolía. Sentía un horroroso vacío en el corazón, porque tu sabes que nunca había amado, y esta imperiosa necesidad, se despertó en mi alma. Quería amar, pero con delirio, con frenesí, con un amor ardiente, como mi corazón; y todos los jóvenes que me rodeaban, que hacían sonar en mis oídos palabras amorosas, eran fríos, faltaba á sus ojos esa expresión que se comunica hasta nuestra alma y la enciende en un fuego divino. Yo permanecí á su lado insensible, volví los ojos y vi en torno mío á las jóvenes al lado del que amaban, felices, contentas, embriagadas de placer, adormecidas á la sombra de un porvenir de amor y de esperanzas.... Yo también quise amar! mi corazón aspiraba á tener celos, afecciones profundas, ardientes: necesitaba amar para poder vivir.

Sin embargo, veía á aquella multitud de jóvenes, que pasaban cerca de mí, que me miraban con ojos apasionados, y que sonreían con dulzura; pero todos eran indiferentes: mi corazón permanecía inmóvil, helado. Una hora hacía que mi frente abrasada se apoyaba en mis manos, una hora que nada veía de lo que me rodeaba, cuando me sacó de mi enagenamiento la voz de mi prima Clemencia, que se acercó á mi acompañada de un joven.—Muy triste estás, Cecilia, me dijo, ¿qué tienes? ¿por qué no has querido bailar?—No tengo nada, le respondí, nada absolutamente.—Tú me engañas, replicó; vamos, ¿no quieres que yo sea tu confidente? ¿estás acaso enamorada?—Enamorada! repelió; no, no, puedes creerlo.—A lo que veo, dijo Clemencia, no quieres que sea yo tu amiga.—Sí, pero no tengo nada que confíarte.

—Señorita, añadió el joven que la acompañaba, es imposible que el corazón de vd. no abrigue algún amor.... ¡tan joven! ¡tan bella!—Hasta entonces apenas había fijado los ojos en él; pero su voz resonó en lo íntimo de mi corazón; y alzándolos del suelo los clavé en él respondiendo con timidez.—Crea vd. que no.—Clemencia es su amiga de vd., pues bien, ¿no quiere vd. que sea yo su amigo? replicó él.—Gracias, mil gracias, le respondí.—¿Tendrá vd. la bondad de aceptarme por compañero de baile?—Sí, prima, sí, dijo Clemencia, es preciso que

le alegres.—No tengo absolutamente gana de bailar, le respondí, escúsame de hacerlo contra mi gusto. A este tiempo se acercó otro joven á pedirla que bailase con él: Clemencia dijo en voz alta.—Alfonso, qué dese de aquí, para hacer compañía á Cecilia; puesto que no quiere bailar no la molestaré; y luego acercándose á mí, me dijo al oído.—Solo á ti te dispense esta confianza; no le dejará al lado de ninguna otra joven; y sonriendo con coquetería se alejó dando la mano á su compañero, y lanzando una mirada á Alfonso, que me llenó de despecho.—Mis ojos la acompañaron con otra llena de rabia: sus últimas palabras me dejaron entrever un rayo de funesta luz.... conocí que amaba, y era amada de Alfonso.... y penetré también que yo le amaba! La ira, la desesperación, los mas violentos celos se apoderaron de mi alma: ¡he aquí mis deseos cumplidos! el infierno me sugirió la idea, la necesidad de amar.... y entonces matidje mil veces al amor! Alfonso se sentó á mi lado. Cuando antes me pedía que bailase con él, y me hablaba con tanta dulzura, creí que despues continuaria con la misma amabilidad, y tuve esperanza de que sus palabras aliviarían la pena que sentía, imaginando me preguntaría el motivo de mi tristeza, supuesto que me había brindado con su amistad: llegué á esperar.... ¡oh! locura! delirios de una pobre mujer que ama por la vez primera!... Alfonso estaba allí.... á mi lado.... pensativo, silencioso.... ¡pi una palabra para mí!... seguía, fijos sus rasgados y expresivos ojos negros en los movimientos de Clemencia.... tal vez tenía celos.... al ménos lo deseaba ardentemente, quería que padeciera como yo.... Clemencia era fatua, su coquetería refinada me fastidió desde el primer momento.... despues.... despues.... la aborrecí de muerte. Al cabo de algún tiempo de silencio, me dijo Alfonso distraído....—¿Aun está vd. triste?—Sí, pero ¿qué importa? vd. es feliz y no debe cuidarse de las penas de los desgraciados, le respondí fuera de mí y con desprecio. El se sonrió siempre distraído y volvió á quedar en silencio. Yo temblaba de rabia; aquella indiferencia me lastimaba el corazón.... ¡loré.... ¡loré desesperada.

Quedé por un momento con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin ver ni oír cosa alguna, anonadada, como una loca.

—Cecilia! me dijo Alfonso, con voz dulce, ya no distraído como antes, ¿qué tiene vd. por Dios? descúbrame vd. su corazón, ¿no quiere vd. ya que sea su amigo?—Nada, le respondí, no tengo nada.--Siempre nada! esto es imposi-

ble, una joven no vive sin penas; el amor.... —El amor! no, no le conozco, interrumpí con amarga sonrisa.—¿Dice vd. la verdad? replicó con interés.—La verdad, le respondí con frialdad.

¡Ah! que incomprensible es el corazón de una mujer celosa! yo que antes ansiaba por una sola palabra suya, ahora le respondía con indiferencia, porque quería que notara mi frialdad. ¿Y qué le importaba? ¿no amaba y era amado? ¡Horrible posición la de una mujer que ama sin esperanza de ser correspondida!

Clemencia volvió por fin: un rayo de alegría brilló en los ojos de Alfonso. Ella se sentó á su lado, se hablaron en voz baja, al parecer con calor; la tristeza de Alfonso desapareció enteramente. Entretanto, yo no sabía donde estaba, sentí un fuerte desvanecimiento y me pareció que iba á caer desmayada. Mi hermana por fortuna estaba frente á mí, le hice señas, y se acercó.—Me siento mala, le dije, si te parece nos retiraremos.—En efecto, estás muy pálida, me respondió, y dándome el brazo nos dispusimos á partir. Mi tía mostró mucho sentimiento por mi indisposición, me instó para que me quedara, pues á la mañana siguiente debían partir todos; pero oponiéndome yo fuertemente, mandó poner su coche y salimos. La despedida de Clemencia fué cariñosa; sus cariños acabaron de llenarme de amargura.... era mi rival! Alfonso correspondió á mi saludo con fría política. ¡Oh! aquella noche cruel, jamás se borrará de mi memoria!

III.

Ocho meses se pasaron, pero no del mismo modo; yo veía á Alfonso todos los días, ya en casa de mi tía, ó ya en la mía, cuando esta y Clemencia iban á visitarnos.

Alfonso me profesaba un tierno cariño; no era ya frío como antes: me llamaba su amiga, y esto era bastante para contemplarme feliz. Todas las tardes salíamos á pasear el campo con una multitud de jóvenes alegres, Clemencia siempre me dejaba ir con Alfonso, y esta complacencia, me hacía olvidar mil veces que era mi rival y prodigarla caricias, tal vez acompañadas de una lágrima solitaria que jamás fué advertida por la bulliciosa Clemencia. Mi salud estaba muy decaída, las diarias calenturas que me daban me ponían en un estado de languidez y abatimiento insufribles: mi madre me veía padecer, pero lo atribuía á la mudanza de temperatura; por otra parte mi hermana estaba restablecida enteramente y pensaban volver muy presto aquí; y yo ansiaba morir, pero mo-

rir allí! Cuando en nuestros paseos nos alejábamos algún tanto de la alegre compañía, el me pedía con ternura la esplicacion de mi pena, y me suplicaba depositase en su pecho mi secreto. Entonces yo temblaba, mi cabeza ardía, toda mi sangre refluía hácia el corazón.... y le estrechaba la mano con fuerza convulsiva. Poco á poco calmaba esta agitación, quedaba silenciosa, y al salir estaba.... ¿por qué? jamás lo supe: acaso mi tristeza le compadecía.... una mujer melancólica, enferma y joven, inspira compasión.... sí, Alfonso me compadecía.... por que era yo joven, solo por esto.... pero yo no imploraba su compasión.... su amor, solo su amor! Entonces creí, sí; una esperanza divina me reanimó, e creí advertir en Alfonso algún amor hácia mí y cierta indiferencia con respecto á mi prima.... ¡cruel engaño que me ha hecho infeliz para siempre!

Hacia algunos días que mi espíritu estaba tranquilo, mi familia esperaba verme recobrar la salud, cuando una tarde vino Clemencia á buscarme para ir á nuestro paseo de costumbre, entró en mi cuarto con muestras de una viva alegría, y arrojándose en mis brazos me dijo.—¿Qué feliz soy Cecilia! dentro de quince días me caso.... ¿Te casas? ¿Con quién? le dije con visible agitación.—¿Cómo? pues no lo sabes? con Alfonso.—Alfonso! exclamó como herida de un rayo. A este tiempo entraron los demás compañeros de paseo, yo me senté, no podía hablar; mi pulso y mi corazón latían fuertemente; una fiebre violenta se apoderó de mí: mi madre lo advirtió y al instante me metieron en la cama. No supe de mí en diez días, pero recuerdo que en medio de mi delirio suplicaba que me entrasen Alfonso ni Clemencia. Como veían que deliraba no me hacían caso; luego mi madre advirtió que cuando los veía se aumentaba mi mal.... pero nadie comprendió este misterio! ¡Entre todos aquellos corazones no había uno solo que supiese adivinar las ansias del mío! Ya estaba fuera de peligro, pero siempre encerrada en mi cuarto no me dejaba ver de nadie.... en fin, los quince días pasaron y llegó el fijado para el casamiento. . . .

Cecilia calló un momento, sus lágrimas la impedían continuar.... yo lloraba también. Mañana concluirás, le dije, estás muy fatigada.—No, me replicó, tal vez mañana no tendría valor para concluir, además, es tan poco lo que queda que referir ya. Yo me callé y la pobre Cecilia continuó.

Eran las ocho de la noche, la luna brillaba entre nubecillas blanquiscas.... sus pálidos ra-

yo me hacían recordar aquella noche cruel en que le conocí, y se aumentaba mi angustia con esta memoria.

Mi madre estaba comprometida á ser la madra de Clemencia, y salió dejándome acompañada de mi hermanita Luisa: me dijo que iba solo por estar ya empeñada su palabra, pero que sentía dejarme, por que á cada instante se temía que yo recayese: su despedida fué distraída. me besó y se fué. Yo estaba tranquila, pero con aquella tranquilidad aparente, precursora de una tormenta horrible, mi primer cuidado fué acostar á mi hermana y quedar sola.... apagué la luz.... me senté junto á la ventana.... la luna derramaba su triste resplandor sobre mi frente pálida, marchita por una pasión devoradora.... Ya me despedía de Alfonso, ya le dirigía tiernas palabras de amor.... él no podía escucharme! De improviso un acceso de locura se apoderó de mí, un deseo único, solo, ardiente.... ¡volverá verlo! El delirio se posesiona de mi cabeza, salgo precipitada, bajo la escalera, y atravesando frenética las solitarias calles, en pocos momentos llegué á la Iglesia.... mi respiración era la de un moribundo, mis miembros estaban penetrados de un frío glacial.... permaneci en la puerta.... Alfonso y Clemencia estaban arrodillados delante del sacerdote.... Entré silenciosa por no interrumpir con mis sollozos tan augusta ceremonia.... ¡pobre de mí iba á verle solamente por la última vez: me senté en el último rincón mas oscuro del templo, sosteniéndome fuertemente de una columna.... mi convulsión era horrible. Cuando el sacerdote unió sus manos.... yo cerré los ojos.... y arrojé un grito prolongado y espantoso que resonó en todos los ángulos del templo y llegó á los oídos de la comitiva.—Se acercaron todos, mi pobre madre al reconocerme se arrojó hácia mí, vacilé y caí desmayada en sus brazos. Cuando volví en mí, me hallé en mi lecho rodeada de las personas que habían acompañado á mi prima.... ella y Alfonso estaban también, Alfonso abatido, triste, no alzaba los ojos del suelo.... mi madre me miraba y sollozaba amargamente.... parece lo había ya comprendido todo.... ¡ay de mí antes pensar en Alfonso sin ser amada de él, era solo una locura.... después era un crimen.... por que estaba ligado á otra muger para siempre!

Dos días despues nos dispusimos á volver aqui: un momento ántes de nuestra partida estaba yo sentada en la sala, distraída, abatida y sola: un ligero ruido me hizo volver en mí.... era Alfonso! quise levantarme y huir, pero él me lo impidió, diciéndome: Cecilia, deténgase! soy muy infeliz.... ahora que estoy ligado á otra muger para siempre.... he conogido los encantos de V.... y la amo con pasión!—Silencio! le dije con voz ahogada, cubriéndome el rostro con ambas manos.... ¡oh! aquellas palabras que en otro tiempo me hubieran dado la vida.... eran ya horribles en su boca! Infeliz! al pronunciarlas, sus ojos estaban llenos de lágrimas.... le contemplé un momento con una angustia indecible.... luego tomándole de la mano le dije señalando al cielo.—Alfonso! allí nos uniremos! ahora olvidese V. de mí y.... sea feliz! los sollozos embargaron mi voz y salí de la sala. En el corredor me aguardaba mi familia, mi tía y Clemencia. Poco despues salió Alfonso, disimulando su turbacion y sus lágrimas: sin embargo, Clemencia lo advirtió y me dijo en voz baja, suspirando.—Os he hecho desgraciados sin querer!—Tú debes perdonarme le dije, que te haya arrebatado la tranquilidad.... no viviré mucho, mis padecimientos acabarán pronto...., diciendo esto, la abracé con todo mi corazón, y salimos.

Nos condujeron al carruaje todos, ménos Alfonso.... jamás volveré á verlo! Hé aqui la historia de mi pasión, de una pasión que arde aún en mi pecho y que carcome lentamente mi existencia.... Aquí terminó Cecilia dejando caer la cabeza sobre mi pecho. Yo la contemplé en silencio y lloré. Su respiración era fuerte y su frente ardía como un volcán: pasado un momento me dijo:—No puedo llorar.... he llorado tanto!.... ¿lo ves? mis ojos están secos.... ni una lágrima!.... nada! nada!

¡Pobre muger! conocí que deliraba; la levanté con trabajo y avisé á su madre.—Desgraciada!—Ya no tiene remedio! me dijo esta con amargura.—Ocho días despues lloraba yo arrodillada ante una tumba que tenia grabada esta sencilla inscripción.

CECILIA.

¡Tres años han pasado y no la puedo olvidar!
México 27 de diciembre de 1843.—ELLA.

LETRILLA JOCOSA.

Como el gusto y el pesar
alternan en el vivir,
en esta trova el reir
alterna con el llorar.

Que tome un viejo ricote
joven linda por esposa,
y que espere el Don Quijote
con su Dulcinea hermosa
un dichoso porvenir,
me dan ganas de reir.

Mas la joven desgraciada
que gimiendo entre cerrojos
pasa la vida encerrada,
sin poder sus bellos ojos
para ver á otro hombre alzar,
me dan ganas de llorar.

Que un militar fanfarron
que entró en diez pronunciamientos,
me jure que su intencion
no fué buscar sus aumentos,
sino á la patria servir,
me dan ganas de reir.

Pero viendo que otros cien
con bandas de generales,
de la cara patria en bien,
han hecho por medios tales
gran carrera militar,
me dan ganas de llorar.

Enhambrecido aspirante
que melido á periodista
es de todo gobernante
eterno panegirista,
y lo acata cual vivir,
me dan ganas de reir.

Mas el egoista enjambro
que siempre al poder incienza,
y sin tener sed ni hambre,
habla, escribe, obra y piensa
del que manda al paladar,
me dan ganas de llorar.

Si un sátrapa en la ex-alhóndiga
de un ex-ministro de hacienda
como si fuera una alhóndiga
la fortuna se merienda
que en un mes logró adquirir,
me dan ganas de reir.

Mas cuando del dos por ciento
usurero y corredor
aplican el reglamento
á un incauto labrador
que en sus garras vino á dar,
me dan ganas de llorar.

Que gran turba en movimiento
en el Carnaval se ponga,
y de sudar el tormento
con las máscaras se imponga
mientras debiera dormir,
me dan ganas de reir.

Mas cuando, puesto entredicho
á la dramática escena,
me hace el mascarito capricho
sin ganas pedir la cena,
y sin sueño irme á acostar,
me dan ganas de llorar.

Que las calles de Plateros
de dominós y caretas,
modistas y peluqueros
llenen, y por las banquetas
no se pueda ir ni venir,
me dan ganas de reir.

Pero cuando me figuro
que ciertos deudores mios
no me han de pagar ni un duro,
porque en tales atavios
su dinero han de gastar,
me dan ganas de llorar.

Que se anuncie alguna vez
y á los niños alborote
el *Asombro de Jerez*,
y con trompo y papelote
no se quieran divertir,
me dan ganas de reir.

Mas que cuando se repite
de un ex-ministro de hacienda
con gente no de Belchite,
y mil aplausos resuenen
para que se vuelva á echar,
me dan ganas de llorar.

Si en vez de agua de la banda
el médico á una nerviosa
oler ácalci le manda,
ó que se eche una ventosa,
ó una ayuda recibir,
me dan ganas de reir.

Mas si en una indigestion
me prescribe un plan dietético,
me quita carne y jamon,
me ordena agenjos ó emético,
ó dá en que me ha de purgar,
me dan ganas de llorar.

Si un prójimo se resbala,
ó desde un balcon le mojan
frac y sombrero de gala,
ó en algun caño lo arrojan
dos mastines al reñir,
me dan ganas de reir.

Mas si de estos algun chasco
paso yo, de ira me enciendo,
como cerveza en un frasco
bulle mi sangre, y oyendo
de otros la risa estallar,
me dan ganas de llorar.

Quando al cumplir los cincuenta,
que ya alcanzo á penas duras,
quiere reducir á cuenta
los errores y locuras
de mi agitado vivir,
me dan ganas de reir.

Pero mi error principal,
que ha sido no hacer dineros
por ser poeta, y ni un real
poder á mis herederos
cuando me muera dejar,
me dan ganas de llorar.

Cuando de poetas zafios
reparo en un cementerio
mil absurdos epitafios,
aunque en un lugar tan serio
hay tanto de que gemir,
me dan ganas de reir.

Mas al pensar que algun dia
en un sitio como aquel,
bajo de una losa fria,
con epitáfio ó sin él,
me han de llegar á enterrar,
me dan ganas de llorar.

Tan lúgubre pensamiento
y el temor de fastidiar
me dejan ya sin aliento,
y este agrídulce cantar
debe ya tambien morir,
y mas si no ha hecho reir.

Que para un triste poeta
es el mayor sinsabor
que con cara de baqueta
le avise adusto lector
que ya es tiempo de callar:
es cosa para llorar.

FRANCISCO ORTEGA.





Pedro Escobedo

D. PEDRO ESCOBEDO

Con pompa no usada y completamente espontánea, en medio de una concurrencia inmensa y escogida, y de los gemidos de un dolor universal, ha sido sepultado el día 15 del corriente en la Iglesia de Nuestra Señora de la Merced, el cadáver de un ciudadano virtuoso y filantrópico, cirujano hábil y protector decidido de la juventud estudiosa, el Sr. D. Pedro Escobedo. Este espectáculo tan triste y doloroso por sí, ha servido, sin embargo, para mostrar que el espíritu público, aunque muerto al parecer, está solo adormecido, que nuestra sociedad no ha caído en el abismo de degradación moral en que á primera vista parece sumergida, y que todavía sabe hacer justicia al verdadero mérito de sus hijos, honrar su ciencia y amar su virtud. No hay, pues, que desesperar de una nación en que aun queda admiración por el saber y la moralidad. Amantes de las glorias de nuestra patria, sinceros admiradores de los ciudadanos que la honran, los redactores del Liceo participamos del duelo universal que ha causado la sentida y temprana muerte del Sr. Escobedo, y vemos en ella una calamidad nacional. Para dar un alivio á nuestro dolor, y contribuir por nuestra parte á los homenajes públicos de amor y respeto que ha recibido su memoria, quisimos al principio presentar en unos rasgos biográficos el bello cuadro de esa vida, empleada toda en hacer el bien, en aliviar al enfermo, en socorrer al necesitado, en estimular con sus ejemplos y consejos á la juventud médica, en protegerla y encender en ella la misma llama de ciencia y virtud que ardía sin cesar en su alma universalmente benévola. Pero supimos despues que el Sr. Otero se propone escribir la biografía del Sr. Escobedo, y no hemos querido manchar con nuestros borrones el bello cuadro que tan bien sabrá pintar el maestro pincel de nuestro primer orador parlamentario. Nos limitamos, pues, á insertar á continuación el sentido y vigoroso discurso que en una academia privada de medicina, (1) formada en su mayor parte de dis-

(1) Esta sociedad, bajo el nombre modesto de filotécnica, amante de la medicina, lleva tres años de existir

cípulos del Sr. Escobedo, pronunció uno de ellos. D. Joaquin Navarro é Ibarra, honor de nuestra juventud, y una de sus mas bellas esperanzas, y la contestación del presidente de dicha reunión, D. Francisco Ortega, hijo. Creemos que nuestros suscritores leerán con placer y ternura estas dos piezas con que han favorecido nuestras columnas sus autores, y que les será grato, como á nosotros, ver que la juventud no olvida los favores que recibe, y sabe recompensar la protección que se le dispensa, con un agradecimiento ardiente y sin límites. Acompaña á estos discursos un retrato, copia de una hermosa litografía del Sr. Mata, quien animado por una sincera amistad, ha sabido reproducir con una fidelidad bien rara, aun en un retratista tan distinguido como él, los rasgos de un hombre presente por sus cualidades á la memoria de todos los que tuvieron el honor de conocerlo, y en cuyo corazón se abrigaba todo lo noble y generoso que puede elevar á los individuos de la especie humana.

México febrero 19 de 1844.—RR.

en la obscuridad, con notable provecho de los individuos que la componen, y para lo futuro podrá llegar á ser muy útil al público. Se cursan en ella las materias mas importantes de los estudios médicos, y se ha dado un lugar muy proficiente á los prácticos: se presentan tambien periódicamente memorias y tesis de que van ya formados cerca de once tomos manuscritos. Estos trabajos son en su mayor parte recopilación de lo mejor que se encuentra en los autores mas distinguidos sobre cada materia, de manera que hay poco original; pero no por eso es ménos útil encontrar sobre cada punto reunido un cuerpo de doctrina selecta, y que se hallaba ántes esparcida. Sabemos ademas que entre lo poco original que existe, hay algunas memorias de gran mérito, y entre ellas se nos ha hecho particular mención de una sobre el mal conocido vulgarmente con el nombre de San Lázaro, fruto de algunos años de trabajos y observaciones constantes, formada por el facultativo D. Ladislao Pascoa, discípulo querido del Sr. Escobedo, y enlazado con una persona de su familia. Sabemos igualmente que los socios de esa academia se proponen elegir y dar á la luz pública con el tiempo, sus mas importantes trabajos: nosotros los excitamos á realizar cuanto ántes un proyecto tan útil, y que cederá en honor de nuestra querida patria.—RR.

POR D. JOAQUIN NAVARRO E IBARRA,

EL DIA 17 DE FEBRERO DE 1844, EN LA SOCIEDAD FILOLÁTRICA.

En el horizonte de las ciencias como en el del cielo, nacen y mueren sin cesar astros brillantes y benéficos; y es dulce y consolador en los momentos de dicha, fijar el pensamiento en esta idea; pero hay otros de abatimiento y amargura en que la pérdida de un grande hombre nos arrastra á creer que al bajar al sepulcro, ha cerrado tras de sí, la puerta que conducía á los adelantamientos y á la gloria. Este triste pensamiento os domina en este instante: lo adivino porque lo siento á la par vuestra, y porque sé que hay dolores que como el espacio, parecen mas profundos, mientras mas fijamente se les contempla. No temais que con lo que voy á decir, distraiga vuestra atención del deplorable objeto que la ocupa: no olvidaré que al preparar esta solemnidad fúnebre, quisisteis á un tiempo hacer caer sobre una tumba recientemente abierta, un rayo de la inmortalidad que la inundará para siempre, y proporcionar una hora de tregua y de solaz á nuestro corazón despedazado. Me sentiría sin valor y sin fuerzas para corresponder á vuestra honrosa confianza, si este débil esfuerzo de mi voz balbuciente no fuese tambien un tributo de mi gratitud y una efusion de mi corazón; si no supiese que para conmoveros, para arrancar de vuestros párpados la lágrima que ya asoma á ellos, solo necesito pronunciar un nombre puro y querido, emblema ayer de vuestras mas venturosas esperanzas, símbolo hoy de la amargura y el dolor: el de D. Pedro Escobedo.

No os hablaré de cómo en esta vez se vieron de nuevo sentirse el infortunio al lado de la cuna y la gloria sobre la tumba de un hombre; del desvalimiento de su infancia, de su precoz orfandad; ni de las penas y obstáculos de sus primeros estudios, para que veais que no estaba reservado á Pinel y á Velpeau, á Béclard y á Dupuytre abrirse en medio de la independencia el camino que habia de conducirles al respeto y admiración de sus semejantes; nada os

diré tampoco de los últimos años de su vida, porque sabéis lo mismo que yo, que en ellos esa vida fué como el arroyo manso y tranquilo que corriendo sin estrépito, fertiliza y embellece todos los sitios que riega con sus aguas purísimas; y finalmente, por piedad á vuestro corazón, por piedad al mío propio, correré un velo de luto sobre esos últimos instantes en que una enfermedad destructora devoraba sus entrañas, mientras el pesar devoraba su alma, y entrambos conjurados cruelmente en contra nuestra, le arrastraban con rapidez á un lugar que no debiera abrirse nunca para ciertos hombres. Grato sería para mí, honroso á su memoria y útil para vosotros, trazaros línea á línea el grandioso y bello modelo de virtud que ofrecía D. Pedro Escobedo; pero la naturaleza de este discurso y el carácter de la sociedad á cuyo nombre lo pronuncio, me obligan igualmente á omitir los rasgos biográficos y el elogio de todas las virtudes del maestro que rido á cuya memoria tributamos este sencillo homenaje: su alma, por otra parte, semejante al encantado prisma que de cualquier lado que se vuelva al sol, reproduce los hermosos colores del iris, es bella bajo cualquier aspecto que se la considere.

Era por los años de 18 y 19 cuando en un oscuro rincón del Hospital de San Andres, un estudiante sin proteccion ni recursos se preparaba á sus solas á ser uno de los mas ilustres cirujanos de nuestra patria. Los principios fisiológicos de Bichat y el sistema, hijo suyo, de Val-de-Grâce, dominaban entónces exclusivamente el mundo médico; hoy, veinticinco años de experiencia han hecho justicia á Broussais y á sus obras; se ven, si no con risa, (porque jamas la despiertan los estravios de los grandes hombres), al menos en su verdadero valor sus exageraciones sobre la localizacion y el tratamiento de las enfermedades; pero entónces era otra cosa: habia restaurado la es-

cuela anatomo-patológica, habia echado por tierra la teoria de las fiebres esenciales, habia formado la historia mas completa de las fleumasias, y todos estos eran otros tantos títulos justos á la consideracion y al respeto de sus contemporáneos; admiracion y respeto que él con su lógica seductora y su estilo mágico, llevó hasta la mas deplorable fascinacion, haciendo admitir á toda una generacion, como dogmas sagrados, hasta sus mas profundos errores. Basta considerar todo esto, los efectos que lo nuevo produce en un ánimo inesperto, y lo profundo y duradero de nuestras primeras impresiones, para explicar cómo y por qué D. Pedro Escobedo conservó hasta lo último, apego á la doctrina fisiológica. Pero sería una injusticia llamarle médico sistemático en el sentido odioso de la palabra: no, profesar ciertas doctrinas, ó mejor dicho, tener ciertas tendencias, no es negar lo que puede haber de cierto en las contrarias, y vosotros sabéis bien que los interesantes trabajos de Andral y Chomel, Cruveilhier, Louis, Rostan y Piorry, no le eran desconocidos. No era él de esos médicos que son un arcaísmo de su época, para quienes son perdidas las lecciones de la experiencia, inútiles las investigaciones de los sabios, ignorados los adelantamientos de la ciencia: lo que él no hizo jamas, fué renunciar del todo á sus principios primitivos para arrojarlos de un golpe en los contrarios, convertir el desengano en injusticia, olvidar todo lo que habia aprendido para quedarse sin saber qué creer; desertar de una escuela para alistarse en la contraria, y desde ella calumniar y pagar con la ingratitude al maestro ilustre que presidia la primera. Eso es lo que no hizo, lo que no podia hacer tampoco, porque tenia un talento demasiado profundo, un discernimiento felicísimo, y una instruccion muy sólida, para aceptar indistinta y ciegamente todas las innovaciones: esta versatilitad que suele ser el defecto de los médicos inespertos ó de los amigos de las especulaciones, habria sido raro que fuese el de un hombre tan eminentemente práctico y positivo como D. Pedro Escobedo.

Mas principalmente quiero hablaros de él como cirujano. Ciertó, como lo estoy, de no decir mas que la verdad, sin exageraciones ni suposiciones propias, lo estoy aun mas, de que no podreis menos de llamar extraordinario y singular al que reunia á la vez tantas prendas raras y eminentes. Sus sentidos esquisitos, su percepcion clara, su juicio recto, su talento de induccion, su tacto quirúrgico, en fin, le hacian fijar con una exactitud y facilidad asombrosas el diagnóstico mas os-

curo y embrollado: vosotros sabéis, y no tengo necesidad de recordároslos, los triunfos espléndidos que repetidas veces adquirió en este género: donde médicos instruidos, despues de un exámen prolijo y de acaloradas discusiones, nada podian aventurar mas que hipótesis imaginarias, él con una mirada penetrante como la de la águila que ve desde el cielo su presa, fijaba irrevocablemente el diagnóstico, y lo confirmaba á menudo con una operacion audaz é inteligente. Ese talento de la indicacion, tan raro y tan estimable, era tal vez lo que distinguia al Sr. Escobedo mas especialmente, y lo que le colocó en ese apogeo de reputacion y de gloria á que le hemos visto elevado. A una práctica larga é ilustrada, al estudio reflexivo de los autores clásicos de cirugía, en especial de Hunter, Dupuytren, Bégin y Sanson, y sobre todo, á su *genio*, (porque no se puede poner en duda que nada puede suplir esa aptitud natural é innata que se llama el *genio*), debia ese conocimiento exacto y preciso de los medios curativos mas apropiados, del momento oportuno de emplearlos, de sus ventajas y de sus inconvenientes, de sus consecuencias etc.

Señores, es necesario decirlo, y yo lo hago con orgullo, D. Pedro Escobedo no tenia nada que envidiar al mejor operador del mundo: su pulso era firme y su mano rápida, pero sobre todo, nadie de vosotros habrá dejado de admirar aquella sangre fria imperturbable, aquella impassibilidad indescriptible que le hacia permanecer en medio de los horrores del dolor y la sangre, sin que se agilara su pulso, sin que una sola arruga en su fisonomía revelara la conmocion de su alma verdaderamente grande. ¡Cuán distante, sin embargo, estaba esa alma de ser insensible á los sufrimientos de sus semejantes! ¡Olvidareis aquellos momentos solemnes en que su voz tranquila mezclaba á los ayes de la desesperacion, los dulces acentos del consuelo y la benevolencia, en que aun armado del instrumento de los dolores, ofrecia mas bien que la imagen del ángel exterminador, la de un ángel do pazy de ventura!...

El valor quirúrgico de D. Pedro Escobedo tan distinto de la audacia ciega que todo lo intenta, era esa fuerza de alma que inspira una operacion arriesgada, pero despues de haberla calificado posible, indispensable y útil, despues de calcular todas sus dificultades para vencerlas, todos sus peligros para arrosarlos. La naturaleza que ha puesto en todas las cosas el abuso ilegítimo de ellas, junto á sus mas útiles empleos, no hizo, sin embargo, que D. Pedro Escobedo abusase de sus grandes calidades como cirujano: el cuchillo fué

siempre en sus manos un recurso de salvación ó de esperanza, pero jamás el instrumento de tentativas que reprobaban con igual severidad el arte y la moral.

El hombre fué siempre para él, lo que debiera ser para todos los médicos, un objeto sagrado, cuya salud es un depósito inviolable al que no es lícito tocar sin hollar los deberes del honor y la conciencia: no ha hecho nunca de la salud una mercancía, ni de la medicina un tráfico miserable. Comprendía en toda su magnitud el noble ministerio y el sublime destino que está llamado á ejercer un médico en la tierra, y lleno de estas ideas rectas y grandes, despreció constantemente la vil seducción del interés, los rastrores artificios de la calumnia y de la envidia, las desacordadas quejas de la ignorancia, y el frío olvido de la ingratitud. Sus enfermos eran sus amigos: no contento con prodigarles los socorros de su arte con inteligencia y esmero, derramaba á torrentes sobre ellos los consuelos de una religion que amaba y de una filosofía para y persuasiva: penetraba en los senos del corazón, para estudiar en ellos las pasiones y combatir las por esos medios, precarios tal vez, pero dulces y gratos, que solo la mano de la amistad sabe aplicar al corazón lacerado; y efectivamente, víctima del infortunio sabia comprenderlo y aliviarlo. La práctica de la medicina ofrece el teatro mas vasto para desarrollar esas virtudes eminentemente expansivas, que forman el atributo exclusivo, y el mas bello ornamento de la raza humana.

Así es como la caridad era amplia y magnánimamente ejercitada por D. Pedro Escobedo, sin que se entienda que se reducia á curar gratuitamente á los pobres y á proporcionarles los recursos indispensables, no: cierto es que ocupaban un lugar preferente en su alma estos serénos que la sociedad desprecia y aun se avergüenza de tener en su seno, porque sabia que en el corazón de esos infelices encontraría una recompensa mil veces mas sincera y significativa que el insultante y vil oro del magnate; pero su caridad no consistía únicamente en el desinterés: consistía en el cariñoso desvelo, en el afán paternal, en la tierna compasion con que miraba y remediaba sus necesidades: viviendo incesantemente en medio del dolor y la desgracia, los endulzaba con palabras insinuantes y balsámicas, con acciones firmes y espresivas que contrastaban singularmente con ese aire austero y esos modales simplemente francos, que tanto desfiguraban su carácter á los ojos de los que no le conocían de cerca: yo recordaré siempre con

placer y vosotros tambien, algunas escenas hermosas en que D. Pedro Escobedo, parecia mas bien que todo, el ángel de la paz y de la beneficencia. ¡Por qué los que insultan y desprecian nuestra noble profesion, no asisten á estas bellas escenas en que el médico es el ministro y la imagen de la Providencia divina!... ¡Entonces verian, que aquí, en el corazón, podemos sentir placeres inefables que recompensan suficientemente esta larga cadena de sacrificios y penas que constituyen la práctica de nuestro arte!... Ya veis, señores, que D. Pedro Escobedo no era ménos grande como médico inteligente, que como filósofo y filántropico.

La noble y difícil profesion del magisterio público, le ocupó desde los primeros años de su práctica. Por el de 24, un cirujano célebre y amigo de la juventud, Don José Ruiz, para dar el primer impulso á la medicina operatoria, fundó de su propio peculio una cátedra en que se enseñase esta ciencia: el voto público, tan justo y fundado siempre, de los estudiantes de aquella época, y la elección especial de un hombre tan respetable como el útil fundador de aquella cátedra, dispensaron de consueño al Sr. Escobedo el honor y la justicia de servirlo. No es fácil que nosotros, educados en tiempos mucho mas afortunados para la medicina, nos formemos una idea cabal de lo difícil y penosa que le fué aquella enseñanza. Poseyendo apenas el idioma francés, en que estaban escritas las principales obras de cirugía en aquella época, sin haber practicado nunca, ni visto practicar la mayor parte de las operaciones de importancia, sin mas guía que su estudio incansable y las felices inspiraciones de su genio, se lanzó en aquella carrera sembrada de laureles y de espinas. ¡Miradle allí á los 25 años de edad, maestro de nuestros maestros! ¡Honrad á la vez su memoria y la del cirujano que fundó tan útil plantel! No era D. Pedro Escobedo de los hombres que estiman en poco la gloria: no, que este pensamiento es el norte de todas las almas grandes: así es que con esfuerzos constantes, consiguió conservar íntegra la reputación que habia afanosamente conquistado, hasta el año de 33 que un médico justamente ilustre por mil títulos, echó los cimientos de la escuela en que nos hemos educado. D. Valentín Gomez Farias, es una de esas almas rectas que no ceden á otro sentimiento mas que al de la justicia: así que, cualesquiera que fuesen las opiniones políticas de D. Pedro Escobedo, se la hizo á su mérito y le colocó al fundar el sexto establecimiento en la cátedra de medi-

cina operatoria. Yo me complazco en recordar aquí un rasgo que honra igualmente á los dos médicos que tal vez han sido en México los mas celosos y desinteresados amigos de la instruccion y protectores de la juventud.

El año de 38, al restaurarse el colegio de Medicina, bajo el ministerio del Sr. D. J. J. Pesado, D. Pedro Escobedo fué nombrado catedrático de Patología esterna. Allí es donde casi todos nosotros hemos escuchado por primera vez en público las lecciones de este hombre célebre: allí donde nos cautivaba, no ménos su trato afable y cariñoso, y su tono de amistad y libertad, que el encanto mágico de que sus palabras revestían los mas áridos preceptos de la ciencia: allí donde nos admiraba igualmente su profunda instruccion en los principios fundamentales de ella, y el tesoro inmenso de su práctica, cuyas arcas abría ante nosotros, no para hacer ostentacion de su riqueza, sino para que nos lo apropiásemos: allí donde hemos recibido esas primeras y profundas impresiones, cuyo indeleble recuerdo nos acompañará hasta la tumba. Si, amigos míos, el nombre de nuestros maestros, sus preceptos, su ejemplo, su grata memoria, no podrán abandonarnos mientras tengamos que ejercer la honrosa y noble profesion de médicos. El año siguiente al de la restauracion del colegio de Medicina, dejó la cátedra que habia servido en el anterior, y pasó á otra que ha dejado viuda, Dios sabe por cuanto tiempo: á la de medicina operatoria. Este era en efecto, el teatro, donde sin rival podia desplegar la inmensa fuerza de su genio. La rapidez y la elegancia, la seguridad y la destreza brillaban en todos sus movimientos: la elocuente voz de la verdad con el tono imponente de la esperiencia hablaba por su boca: la sinceridad y la buena fe pintadas en su noble frente, inspiraban á la vez un sentimiento de admiracion y de respeto, de tal modo profundo, que ni la íntima franqueza, ni la benévola jovialidad con que nos trataba, fueron partes á destruir ni á desvanecer. Señores, ¿hay alguno de nosotros que no se honre de llamarse su discípulo?... Yo por mi parte, tengo placer en confesarlo: cuando á mis solas me asalta el pensamiento de mi insuficiencia, y me siento desconsoado y abatido al considerar los huecos inmensos de mi educacion literaria, me anima y aun me encuanza pensar, que no puede ser enteramente ignorante el que recibió por tanto tiempo la luz brillante de ese fanal que se ha estinguido hace pocos dias en el sepulcro: me parece que puedo presentar al mundo una recomendacion ir-

reusable con solo decirle: D. Pedro Escobedo fué mi maestro. ¡Pluguiese al cielo que así fuese realmente; pero al ménos es una ilusion escusable, porque es hija del cariño!

¿Ni cómo podia dejar de inspirarlo el hombre infatigable en promover nuestro adelantamiento, nuestro bienestar y nuestra gloria; que se complacía en llamarnos sus hijos y en dispensarnos los beneficios de padre; que sacrificaba modesta y silenciosamente, las pretensiones de su vanidad, las exigencias de su orgullo, sus intereses personales, su salud y hasta su vida por el colegio de Medicina?... Olvidar todo esto seria una vil ingratitud con que no pagarémos nunca á D. Pedro Escobedo, ni á sus nobles cooperadores.

Sus afanes por sistemar la educacion médica, han ocupado la mitad de su vida. El y el Sr. Olbera, fueron quienes en el año de 1833, promovieron mas activamente la fundacion del establecimiento de medicina: el, quien despues de que el desastroso vértigo de los partidos derribó este bello plantel, no perdonó medio de promover su restauracion. Se necesitaba un carácter de temple fuerte y un corazón altamente filantrópico, para soportar con paciencia y aun con esperanza, los desengaños y las injusticias, la indolencia y las supercherias con que correspondian ó eludían sus nobles esfuerzos: tantas y tantas administraciones como para daño y oprobio de la república han pesado sobre ella. Será un rasgo que haga eterno honor á sus virtudes saber, que cuando un concurso fortuito de circunstancias le colocó cerca del poder omnímodo, el semejante á un reverberante purísimo, solo recibía la influencia de ese poder, para reflejarla íntegra sobre el tierno objeto de su predileccion.

Fácil le hubiera sido en estos tiempos de prodigalidad y bancarrota, adquirir las distinciones del favoritismo y la opulencia del pecaado; pero no, murió como habia vivido, puro y sin tacha: sin mas oro que el adquirido con el sudor de su frente, sin mas distinciones que las que otorga la ciencia y la virtud. Fundador de muchos de los cuerpos científicos, literarios y artísticos de la república y socio de casi todos ellos y de varios de los de Europa, micrombro de casi todas las sociedades de beneficencia pública, relacionado con todas las personas eminentes en cualquiera ramo, respetado de sus enemigos, querido de sus amigos, amigo de los hombres de bien, adorado de la juventud, honrado por la república entera, ha terminado su vida oscura, pero fecundante, el Sr. D. Pedro Escobedo.

Tu muerte, maestro adorado, ha sido tu apoteosis: la envidia ya no alzar4 la losa de tu tumba, para derramar sobre tu corazon su letal ponzoña: hela all muda, inm6vil, confundida al escuchar el voto p6blico que un4nimeamente te pregona sabio y bueno: ese clamor universal resuena tamb4n en este recinto oscuro, donde una docena de esos tus hijos que tanto amaste en vida, se reunen para llorarle en muerte: los suspiros que salen de sus corazones donde no has sembrado mas que flores de bendiccion, ser4n

mas propicios al tuyo, que la pompa de los grandes: ellos pagaban un tributo 4 la justicia, nosotros obedecemos 4 las inspiraciones de nuestro cari6n: el 6lvido sepultar4 mañana la memoria de tus honores f6nchres en ese mundo que se rie de todo: la gratitud perpetuar4 tu nombre en estas almas donde tu mano benefactora imprimi6 recuerdos indelebles: nosotros 6ramos tu esperanza aqui en la tierra; t6 eres la nuestra all4 en las regiones de la inmortalidad.—*Dije.*

CONTESTACION

DEL PRESIDENTE DON FRANCISCO ORTEGA DEL VILLAR.

Señores: Nada mas justo 4 la vez que sensible es el tributar 4 nuestro amado maestro esta nuestra de gratitud. El coloc6 en nuestras manos el primer libro de su ciencia, de su boca oimos las primeras lecciones, puso 4 disposicion nuestra sus libros 6 instrumentos, sin exigir otra recompensa que nuestro propio aprovechamiento, difundió entre nosotros con su ejemplo y sus consejos el amor 4 su profesion y 4 hacer el bien: en suma, no nos mir6 como 4 hombres estraños, sino como 4 sus hijos: 4 él debemos la existencia de nuestro establecimiento m6dico, y sin su proteccion no hubiera subsistido esta sociedad, que no es en cierto modo sino un pequeño arbut6 nacido de las semillas que sembraba por todas partes. Mas ¿c6mo me atreví 4 enumerar los beneficios que hemos recibido de su bondad? A donde quiera que volvais los ojos encontrareis se-

ñales de su beneficencia; por donde quiera que escucheis, oíreis las alabanzas del hombre sabio, honrado y caritativo, y los suspiros que se exhalan en pos de su memoria. Felices nosotros que escuchamos su voz y estrechamos su benéfica mano entre las nuestras, y desgraciados hoy que no podemos gozar de igual placer. Mas ¿qué haremos pobres y débiles que no podemos detener el curso del tiempo, ni suspender los acacimientos señalados por el dedo de Dios? ¿Darémos rienda suelta 4 nuestro pesar y desconsuelo?... Derramemos, sí, lágrimas sobre la tumba de nuestro amado maestro, amigo y protector; pero no olvidemos su voluntad que tantas veces nos espres6, y procuremos contribuir con nuestro grano de arena 4 conservar y levantar el edificio, que segun sus palabras dejaba confiado 4 sus discipulos.—*Dije.*



HIGIENE.

BAÑOS.

Historia. Nada hay que sea tan variado como los baños, pues no hay sustancia en que no hayan inventado los hombres bañarse, ya como medio de conservar la salud, ya para curar las enfermedades. Así entre los líquidos se pueden enumerar el agua, ya simple, ya salada 6 mezclada con diversos sólidos 4 que sirve de disolvente: cocimientos de diversas sustancias; el caldo, el aceite, el vino, la sangre, la leche, y todo cuanto lo vaya ocurriendo al lector puede colocarlo en el número de aquello en que se han bañado, se bañan, 6 se han de bañar nuestros prójimos, y en prueba de ello les contaremos que 4 madama de Genlis le agradaba mucho bañarse en una fina (por supuesto que no habia de ser olla 6 jarro) llena de leche, en la que deshojaba rosas de castilla (1): 4 la vista sin duda seria

muy bello ver sobrenadar en la blanca superficie del líquido, los rosados pétalos de la flor, pero 4 decir verdad yo temeria mucho se extendiese en México el método de madama de Genlis, porque la limpieza no es la prenda principal de nosotros los mexicanos y agregue V. un poquito mas de mantea, puff qué horror!... Pasemos 4 otra cosa y no se espanten nuestros lectores cuando les contemos que tambien se bañan las gentes en ceniza como si hicieran penitencia, en arena 4 grisa de gallinas, y en otra porcion de polvos. Finalmente en vapores de todas especies, y no se crea que este es un descubrimiento moderno por andar el vapor en boga, pues que ya los romanos los usaban y nosotros hemos heredado de nuestros antecesores los astecas el *temascaliti*, que no es otra cosa sino un baño de vapor; es cierto que hoy la ilustracion ha hecho mejoras importantes sobre esta materia y con la mayor facilidad del mundo le

[1] Traducimos aquí lo que refiere Dumas en sus Impresiones de viaje, le pasó en Weisstein.

...pregunté si seria posible que me preparasen un baño: madama Brunet [mi huéspeda,] me respondió que era la cosa mas fácil del mundo y que no tenia mas que decir si lo queria de agua 6 de leche.

En las disposiciones de sibaritismo en que me encontraba se adivinarán fácilmente los deseos que despert6 en mí esta proposicion; desgraciadamente un baño de leche debia de ser un bocado de padre maestro que solo podria proporcionárselo un banquero. Recordé las medidas de leche parisienses que se entregaban 4 mi puerta por las mañanas y que mi criado sumaba mensualmente unas con otras 4 pagari de setenta y cinco centésimos cada una; y calculé que sobre todo para mí se necesitarían cosa de mil doscientas 4 mil quinientas, y esto, por lo menos: ahora bien mil doscientas veces setenta y cinco centésimos no dejan de hacer una suma. Meif la verdad no me quedaban para ir 4 Laussane; y convencido de que no podrian bastar ni para una-cuenta, pedí sencillamente un baño de agua.

—No tenéis razon, me dijo madama Brunet; el baño de leche no es pache mas caro, y es infinitamente mas saludable.

Tuve ent6nces un temor, y es que 4 esta altura el mismo baño de agua no estuviese fuera de los alcances de mis medios pecuniarios.

—¿C6mo? dijo vivamente y cual es pues la diferencia? —El baño de agua cuesta cinco francos (un poco) y el de leche diez [dos pesos].

—¿Como, diez francos? exclamé, diez francos un baño de leche!

—Qué, señor, me dijo mi buena huéspeda equivocándose sobre mi intencion, ahora son un poco mas caros porque las vacas vuelven 4 bajar en los meses de agosto y de setiembre no ostanan sino seis [diez reales sucavos]. —¿C6mo? pero, madama Brunet, yo no me quejo de ninguna manera de su costo; hacedme calentar un baño de leche prontamente.

- Lo tomara V. en su cuarto? —¿Se puede tomar en el cuarto? —Como V guste. —¿Comiendo? —Sin duda. —¿Cerca de la ventana? —Muy villosamente. —¿Mirando pensarse el sol? —Perfectamente.

—Y podré comer con todo esto?... Vaya, vuestra posada es un paraiso, madama Brunet...."

El lector dar4 la fé que quiere 4 esta relacion; yo solo le recuerdo las propensiones generalmente reconocidas de los vigeros.

hacen sudar á uno la gota gorda física y moralmente; y si cae uno en manos de un médico, le dá un baño de azufre en vapor y sale uno ítem mas oliendo á condenado. Mas los hombres no se han contentado con darse baños, sino que les han agregado algunos administrados probablemente para hacerlos *agradables*, como el rociarse la cabeza y la cara con agua fría, los pashochos (*massage*), el arrancarse las barbas, los azotes, y no será difícil que mejorando el procedimiento, en algunas partes usen de pellicios, bofetadas, etc. etc. y lleguen á gustar el máximo del placer. Figúrese el lector una reunión de hombres bañándose cada uno según las diversas maneras que hemos descrito, y díganos si no le parecería mejor una reunión de locos suicidas, que de hombres que procura, han conservar su salud.

Dejando á un lado muchos de estos modos de bañarse que no suelen usarse sino como medicamentos, véamos cuales han sido los que se han empleado por las diversas naciones como medio higiénico.

Entre las naciones antiguas los baños se tomaban en los ríos, el mar etc. Los griegos parece que fueron los primeros que usaron del agua caliente, derramándola sobre la cabeza y hombros estando sentados en una tina: en seguida se untaban el cuerpo con aceite.

Los romanos entregados al principio á la agricultura, acostumbraban antes de sentarse á comer, lavarse los brazos y piernas, y cada nueve días que tenían que ir á la ciudad al mercado ó que asistir á las asambleas del pueblo, tomaban un baño en el Tíber. He aquí los baños en su mayor sencillez. Despues, tanto los griegos como los romanos modificaron de diversas maneras sus baños, hasta el grado de llegar á bañarse mas bien por lujo que por otros motivos.

Los primeros tenían sus baños junto á la *palæstra* ó *gymnasia*; y en los que estaban separados de ella, eran dobles, un departamento destinado á los hombres y otro á las mugeres, pero tan próximos, que el mismo horno servía para calentar ambos. Se componian de siete departamentos, que eran: 1.º El baño frío *frigida lavatio*. 2.º El *laeothesium* ó pieza en que eran untados de aceite. 3.º El *frigidarium* ó cuarto para refrescarse. 4.º El *propinquum* ó entrada al *hypocaustum* ó estufa. 5.º La pieza abovedada para sudar ó baño de vapor, llamada *concamerata sudatio* ó *tepidarium*. 6.º El *laconicum* ó estufa seca. 7.º El baño caliente llamado *callida lavatio*.

Los griegos no tenían una hora señalada pa-

ra bañarse como los romanos, pero si parece que seguian el mismo orden en sus prácticas que estos últimos, tanto por tener los mismos departamentos en sus baños, como por lo que se encuentra descrito en los autores que refieren se untaban el cuerpo con aceite despues de bañarse. Cuando Telémaco estuvo en la corte de Nestor, „la bella Polycasta, la mas hermosa de las hijas del rey de Pilo, condujo al hijo de Ulises al baño, lo lavó con sus propias manos, y unándole despues el cuerpo con esquisitos aceites, lo cubrió con ricos ropages y una capa magnífica.“ El mismo Telémaco y Pisistrato, despues de haber admirado las bellezas del palacio de Menelao, „fueron conducidos á un estanque de mármol donde estaba preparado un baño. Hermosas esclavas los lavaron; y despues de untarlos de aceite, los cubrieron con ricas túnicas y soberbias pieles.“

Entre los espartanos se bañaban mezclados hombres y mugeres, costumbre que existió entre los romanos, bien que tenían divisiones en sus baños para ambos sexos, y que no se estirpó del todo sino hasta el reinado de Constantino.

Los baños de estos tenían casi las mismas divisiones que los de los griegos. Lo primero que se veia al entrar en ellos, era un gran estanque llamado *piscina natatilis*. En el medio del baño se encontraba el *hypocaustum* que tenía una hilera de cuatro piezas de cada lado, llamada *balnearia*, estas eran la estufa, el baño caliente, el frio y el *tepidarium* ó estufa húmeda. Las estufas eran unas piezas con el suelo abovedado, debajo de las cuales había un horno para comunicarle el calor; enmedio de la estufa húmeda colocaban unos vasos llenos de agua ó un caldero, cuya tapa levantaba un esclavo de cuando en cuando, y en el techo de ella había una tapadera de bronce que se levantaba para dejar salir el vapor cuando era necesario.

En nada se descubría mas el lujo de los romanos que en sus baños. Se dice que en Roma había 856 baños públicos, siendo costumbre que los emperadores fundasen muchos para atraerse el amor del pueblo, y que los ricos particulares al morir dejasen sumas considerables para construir baños para el uso de los pobres. Agripa, siendo edil, construyó 160 lugares públicos en que podia el pueblo bañarse en agua fría ó caliente *gratis*. Los mas magníficos eran los de Tito, Paulo Emilio y Dioclesiano, habiéndose ocupado en la construcción de este último por espacio de muchos años, ciento cuarenta mil hombres. Los de Agripa

eran de ladrillo cubierto de esmalte. En los de Neron habían introducido el mar hasta ellos; y en los de Caracalla se refiere había 200 columnas de mármol y 1600 asientos de lo mismo, siendo de una extension tal, que segun Lipsius, podian bañarse á la vez cómodamente 1800 personas. Había baños de oro y de plata primorosamente trabajados, de preciosos jaspes, y con magníficas estatuas, tanto, que Séneca se quejaba de que los baños de los plebeyos estuviesen llenos de bombas de plata, y de que el piso de los que servían á los libertos fuese de piedras preciosas. Ann existen en el día muchos de estos baños que hacen una de las mayores curiosidades de Roma, y se conservan muchas estatuas muy hermosas, cuyas descripciones demuestran haber servido para adornar estos edificios.

Las tres de la tarde llamada por Plinio *hora octava* el *nona*, era la señalada para bañarse, y se llamaba *hora del baño*, *hora balnei*, que en estío era á la *octava* y en invierno á la *nona*. Los baños públicos se abrían á toque de campana, y siempre á la misma hora. Alejandro Severo fué el primero que permitió se abriesen de noche en tiempo de calor. En ellos solian bañarse los grandes del imperio y aun el mismo emperador con el resto del pueblo.

Comenzaban por tomar un baño caliente durante el cual solian rociarse la cabeza con agua fría, y se hacían raer la piel con una especie de cuchillo ó cuchara de madera, de cuerno, de hierro, plata ú oro, llamado *strigil*, para quitarla grasa y el polvo. Los hombres que se ocupaban en esto eran llamados *fricatores*. En seguida respiraban el aire fresco en el *frigidarium*, y se hacían rociar el cuerpo con agua fría ó se daban un baño frio en la *piscina natatilis*, en la que se ejercitaban en nadar: finalmente, se hacían untar el cuerpo con aceites y sustancias aromáticas, yéndose despues á comer. Otras ocasiones en vez de comenzar con un baño de agua caliente, se daban uno seco ó de vapor en sus estufas, sucediendo las maniobras ya descritas.

Como ya se ha dicho, tenían los romanos horas destinadas para bañarse, y estas eran ántes de comer: tambien acostumbraban hacerlo siempre que se cargaban el estómago de alimentos, y despues de cualquiera fatiga ó viaje: pero despues de la época de Pompeyo, el furor de bañarse llegó á tal extremo, que muchos no podían tomar alimento ninguno sin haberse bañado de antemano, y Adriano tuvo que reprimir este abuso, espidiendo un edicto por el que prohibía bañarse ántes de la hora octa-

va. Entre los romanos había algunos que se iban á bañar de noche al Tíber, esperando supersticiosamente que los dioses les descubriesen algun tesoro escondido, ó les hiciesen adquirir alguna herencia.

Entre las naciones célticas no eran desconocidos los baños; los antiguos germanos acostumbraban bañarse diariamente en agua caliente en tiempo de invierno, y fria en el verano, y los ingleses parece que se bañaban en Somersetshire, 800 años ántes de Jesucristo.

Los turcos de la misma manera que los griegos y los romanos han hecho de sus baños un objeto de lujo: no hay ciudad ó pueblo en que no haya por lo ménos un baño público: he aquí segun los viajeros como están dispuestos y el modo de bañarse.

Al entrar en un baño, lo primero que se encuentra es una gran sala rebolada que tiene un estrado á su rededor alfombrado y con divisiones, en donde se desnuda uno y deja sus vestidos, poniéndose un lienzo en la cintura y unas sandalias. Es conducido uno en seguida por un pasadizo estrecho en que se comienza á sentir el calor, y cuya puerta se cierra apenas se ha entrado en él. No bien se han andado veiatres pasos, cuando se abre otra puerta que conduce á otro pasadizo, en el que aumenta cada vez mas y mas el calor, y que termina en un salon de mármol, en el que se detienen los que temen esponerse de pronto á un grado elevado de temperatura.

El baño propiamente dicho, es un gran salon abovedado, cubierto totalmente de mármol, al rededor del cual hay cuatro gabinetes: el vapor se está desprendiendo continuamente de una fuente colocada en su medio, mezclando con agradables perfumes cuando lo desea la persona que se baña. Esta se recuesta en unos lienzos dispuestos á propósito, descansando la cabeza sobre una almohada, rodeado de vapores calientes y aromáticos. Despues de haber reposado algun tiempo, cuando comienza el cuerpo á cubrirse de sudor, se acerca un criado, oprime con suavidad todas las partes del cuerpo, volteá á uno del lado opuesto, le hace la misma operacion, y cuando los miembros se han puesto bastante flexibles, hace tronar todas las coyunturas, despues de lo cual comprime y parece que amasa toda la carne sin producir la menor sensacion desagradable; poniéndose, finalmente, un guante de lana, con el que da una friccion por largo tiempo, desprendiendo entretanto, con sumo cuidado, unas como escamitas que se levantan de la piel, y aun las mas imperceptibles porciones